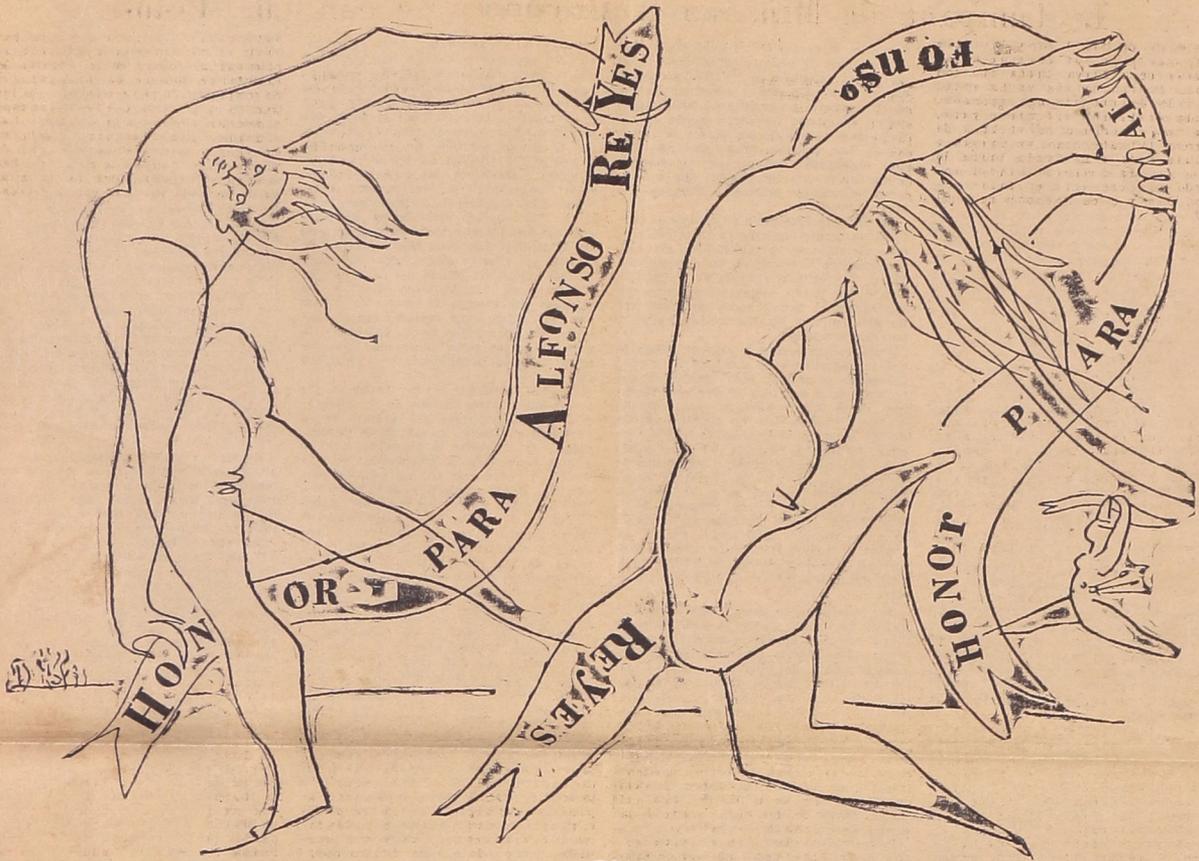


# Alfonso Reyes a sus Amigos



EG49

Dibujo de Elvira Cascón

Saber, amigos, pretendo,  
ya que me premiáis así,  
¿qué mérito halláis en mí  
porque voy envejeciendo?  
Mas, si envejecí, ya entiendo  
el premio que he merecido:  
bastante causa ha tenido,  
amigos, vuestro favor,  
pues el mérito mayor  
del viejo es haber vivido.

Sólo quisiera entender,  
para aliviar mis recelos,  
—dejando a una parte, oh, cielos,  
la virtud de envejecer—  
¿qué más pude merecer  
para contentaros más?  
¿No envejecen los demás?  
Pues muchos hay que merecen  
más triunfos cuando envejecen,  
y que me dejan atrás.

Sois poetas, tenéis alas,  
aunque de distinta pluma;  
sabios, filósofos, suma  
de las más preciosas galas.  
¿Qué cohetes, qué bengalas  
arden y suben así?  
¿Qué mentido zahorí  
puede opacar vuestras luces?  
Me pregunto y me hago cruces,  
¿pues qué festejáis en mí?

Al cumplir en el pasado mes de mayo sesenta años de edad, el gran escritor Alfonso Reyes fue objeto de un cariñoso homenaje por parte de un grupo de amigos, compañeros y discípulos. Este homenaje consistió en la entrega de un primoroso librito donde se contenían las palabras —poéticas y prosaicas— que los mismos dedicaban al maestro. Ahora Alfonso Reyes contesta a los que le rindieron el homenaje, y lo hace por medio de estas décimas que, si compuestas con una docta falsilla calderoniana, como el que sabe que la vida es sueño y los sueños sueños son, tienen el ingenio y la gracia de ese nobilísimo Segismundo nacido en Monterrey, no sólo para aprender en el Anáhuac ficciones y realidades, sino para enseñarlas al mundo entero con las artes literarias que le han dado suprema jerarquía en la lengua española.

Cede y se arruga la piel  
de las mujeres más bellas,  
y las llamadas estrellas  
sólo emulan al clavel  
gracial al docto pince,  
Mas de vosotros oí  
que vencéis los años y  
que atravesáis las edades.  
Sepa yo entonces, cofrades,  
¿pues qué festejáis en mí?

Necio el magnate si aspira  
a los lauros de la fama,  
pues ¡adiós a su soflama

en cuanto la pata estira  
Vosotros no, que la pira  
superáis, vosotros sí  
que valéis un Potosí  
y pisáis terreno firme.  
Queréis, entonces decirme  
¿pues qué festejáis en mí?

No cualquier menguado enhebra  
razones, y ata y desata  
conceptos de oro y de plata  
que la admiración celebra.  
Que ni la pintada cebra  
ni el ardiente colibrí  
fueran tan hermosos, si  
vuestra voz no lo propaga.  
Juventud que así me halaga  
¿pues qué festejáis en mí?

Pero ¡silencio, atención!  
Ya descubrí la charada  
que nadie me diga nada,  
ya di con la solución.  
Festejáis la vocación,  
trazada en surco derecho,  
y hasta la imagen, sospecho,  
aunque en vil caricatura,  
de una vida que perdura  
sin dar asilo al despecho.

Alfonso REYES

# Latitud y Longitud de la Literatura Mexicana

II

Por César GARIZURIETA

Hay un coordinado paralelismo, una fatal correspondencia entre el fenómeno económico: la civilización y las creaciones del espíritu: la cultura.

Somos un país legendariamente rico, pero en realidad tenemos una economía raquítica, nuestra nascente industria es pobre, la agricultura de temporal y la cultura de aluvión. Nuestro mundo económico fluctúa entre un feudalismo próximo a fenecer y un capitalismo futuro incipiente, ahogado por imperialismos que lo restringen y fíncado en una tierra estéril. El comercio es pues pobre y las profesiones corren por el mismo carril. Ello no se debe a que el mexicano adolezca de una especie de micromanía, como el caso de las miniaturas sino que es el reflejo de su economía abundante comercial en grande, pero no nos sirven como punto de referencia como los residuos enquistados de las supervivencias coloniales, que reducen las ocupaciones mercantiles de los nativos a su más mínima expresión; así los puestos de pepitas, garbanzos o habas tostadas y la diversidad de miserables ocupaciones; "modos de vivir que no dan para vivir", dijo Figuro. La sólida caricaturesca de nuestro comercio, lo constituye el estancamiento, donde se expenden titeres, brujas, chinampas y cuya principal fuente de ingresos es el teléfono. Existe la industria pesada de la venta de globos aerostáticos, la venta de vidrios ahumados para ver cometas, el modisto que viste pulgas. El domesticador de pájaros que advirtan el porvenir, el tramitador de estopa ardiendo, el cirujero ambulante o el domador de perros callejeros.

Esta realidad vista con el espejo biconcavo de la caricatura, se refleja en lo literario; a eso corresponde la literatura, son obras modestas como corresponde al mundo que estamos formando, no sólo en lo estético sino también en lo económico. La crítica es modesta, producto de la pasión que de la razón. No seríamos consecuentes con nosotros mismos, pretender críticos de la altura de Benedetto Croce, Teófilo Efrain Lesing, Marcelino Meléndez y Pelayo o Walter Pater.

Séñca dijo: "El estilo es la cara del alma." Consecuente con esta reflexión y de acuerdo con los fenómenos anteriores, que influyen en el alma del mexicano de manera determinante como reflejo de su mundo anímico, así son sus manifestaciones excepcionales. Desde el punto de vista de la pintura, porque su riqueza no radica en las palabras sino en los colores, que la hacen una expresión mucho más universal; debe pues decir que la literatura tiene que ser pobre en forma y contenido. El mexicano como he dicho alguna vez, padece de un sentimiento de inseguridad, resultado de su economía. Hasta en el campo de lo literario es tímido, cuando se trata de usar palabras de su país, que son de su creación, suele levantarlas, con las muletas de las comillas, como discriminando a nuestras humildes palabras. La literatura mexicana es sencilla, titubeante, insegura de su lenguaje familiar. Parece que el estilo anda desnudito y con parásitos. Por el momento, no hay que pensar en la posibilidad de tener escritores geniales de la talla de Cervantes o Calderón de la Barca. Yo estoy sinceramente que la auténtica literatura mexicana, la que se nutre del nervio popular en forma, contenido y sentido de humanidad, no padece crisis ni letargo, menos marasmo, eso suele sucederle a las viejas culturas que han creado todos sus valores máximos. El aparente florecer con resplandor de oro que muchos apuntan en la generación de "Contemporáneos", palabra que ha puesto de moda el español Pedro Lain Entralgo, no es efectiva, son creaciones de invernadero, injertos franceses hábilmente camuflados. Nuestra literatura responde a su época, al mundo que vive y nada más. Tendrá su esplendor, como corresponde a un país joven, cuando el mexicano logre fundirse en un bloque, todas las culturas heterogéneas que como supervivencias superpuestas concurren en la no lejana integración de nuestra sociedad.

Los fenómenos que realiza la economía son materiales, objetivos, se pueden palpar; los estéticos, como consecuencia de las percepciones subjetivas, son difíciles de captar a la simple vista y fundados en la conveniente inducción y basar así hipótesis de carácter sociológico. Se necesita la claridad lógica de un saqaz y sutil observador. Las naciones que han madurado su capitalismo nacional, debido a su abundante economía, suelen derramarse fuera de sus fronteras, creando lo que se llama el imperialismo que puede ser territorial o comercial; se ven obligados a buscar países que no reúnan tales características para

venderles el exceso de su producción. Influyen, pues, de manera preponderante en los países coloniales o los semicoloniales, que son los obligados a consumir lo que en su territorio no alcanzan a manufacturarse. El mismo fenómeno puede observarse en el campo de las ideas y de la estética. Las culturas producidas por una gran civilización, influyen de una manera preponderante en los pueblos que no poseen guarderías aduanas culturales que puedan impedirlo.

México está empeñado en dibujar el perfil de su mundo maternal y su propia cultura, atributos de su nacionalidad que está construyendo a través de su devenir histórico. Los críticos enfocan desde un ángulo falso; hacen comparaciones que son injustas, pues toman como punto de referencia culturas bien sazonadas, ajenas y por demás lejanas.

Nuestros pensadores y críticos, saben lo que sucede allende el Atlántico o en casa del poderoso vecino; pero ignoran lo que pasa frente a sus ojos. Saben que Kononov, es la última novedad rusa, conocen el nuevo "slogán" de un filósofo alemán de las zonas de ocupación americana, incluso, francesa y hasta la del cerco soviético. Se está a la moda y pendiente de todo lo novedoso, de la literatura decadente, derrotistas, que es el residuo que nos dejó la última guerra. Saben de Jean-Paul Sartre, Simón de Beauvoir, Georges Bataille, Michel Leiris, Albert Camus, en Francia; Carmen Laforet y Camilo José Cela en España; Faulkner, Steinbeck, Caldwell, Cain, Hemingway, en los Estados Unidos.

Los escritores pretenden olvidar la literatura mexicana desde la independencia hasta nuestros días o peor, suelen desearla. Desconocen las recientes producciones salidas de plumas mexicanas que tienen valía y mérito y que opacan con el desdén, así pasa con "El Gesticulador" de Rodolfo Usigli, que pese a muchos es la mejor obra de teatro hecha en México. El tiempo, el mejor crítico literario, no cesa. Y como para muestra no basta un botón, desee citar otra obra que los críticos, no el público, la han recibido con cautela, me refiero a "El Médico y el Santero", de José María Dávila. Hablo de dicha novela porque viene a cubrir una etapa en nuestra literatura; marca una ruta, un rumbo, una referencia a nuestra nascente novelística que podemos llamar mexicana. Ha salido a su debido tiempo, correspondiendo a nuestra evolución social, ha respondido a la etapa histórica del mundo nuevo de México, equivalente a la novela picaresca, tal como sucedió, en igualdad de circunstancias, con su hermano de España, "El Lazarillo de Tormes", que responde a parecidos estímulos económicos, semejantes al que nos toca vivir. Dicho libro es todo el reflejo de nuestra vida sencilla de la provincia, que se arrea en la gran ciudad llena de tentaciones; es la más pura dicción popular tratada con mano maestra. Dibuja con colores subidos de tono, la sufrida vida doméstica de la clase media. Aporta como rico capital lo desarticulado y sintético del modo de hablar del mexicano. Introduce la lengua elíptica, atrevida, precavida y dominante, de la conversación cotidiana de la taberna, de la política y del burdel. Es un libro mexicano hasta las cachas; aquí sea el anuncio de una nueva era en el arte literario mexicano que debe ser realista por excelencia.

Ahora bien, esos mismos críticos y aun nuestros escritores más fecundos, suelen desconocer casi siempre toda nuestra literatura popular, tanto hablada como escrita; esa gracia, garbo y donaire que traspasa el genio popular; se olvida en el literario, desde el epigrama político, hasta los cuentos subidos de color que se cuentan en los velorios. Tenemos tantos matices en lo popular, tanto material plástico en ese mundo desconocido, que es lástima que no se cultive tan inagotable filón: es

un material riquísimo para crear algo nuevo. Así podemos sumar las conversaciones del mercado, de la cantina o el camión. Los chistes económico-financieros de los virtuosos de la inteligencia que concurren a "Sambors". Los corridos populares que abundan en las diversas regiones del país; los novísimos corridos de Graciela "La Bandidita", "El Anima de Sayula", los villancicos pueblerinos, las ingenuas pastorelas que todavía se representan en las iglesias, las crónicas de doña Rosario Sanzores. Los cuentos alvaradoños, de pericos, de don Cacahueta y los del noroño Tito Laureano. Las puntadas infantiles de Tepito, los albures escatológicos del pueblo, los versos del "Poeta del Crucero", las anécdotas de "El Pateleco Rico" y los refranes del coronel Zataray. Yo pienso que lo popular —por supuesto sin el aparente sentido político de la palabra—, la mayoría de las veces, posee más vida íntegra, emoción, sentimiento y originalidad que lo culto.

Usando el mismo prisma vamos a intentar un somero análisis de la integración y desintegración del proceso social que poco a poco va formando la nacionalidad. Al realizarse la conquista hay un cambio radical en la embrionaria cultura azteca; la absorción de los estratos económicos de las colectividades indígenas. Fue un salto mortal de suprimir el colectivismo por el individualismo medieval. No se injertó lo español, sino que se realizó una correlación total de la vida sociológica de las tribus autóctonas, que en el transcurso de los siglos se encontraron que habían constituido nuevas formas vitales. Se consolidó la propiedad privada; pero sigue superpuesta como realidad permanente lo comunal de los indígenas.

La Nueva España nace a la vida moderna como una deslavada figura medieval, es realmente una sucursal, una copia de la Madre Patria. Se imponen las instituciones económicas de la ciudad media; pero con las debidas restricciones a las colonias, principalmente en lo que respecta a las personas, pues había un abismo entre los españoles y los que habían nacido en América. Se establece un virreinato administrativo, amalgamado a una especie de estado corporativo religioso con su correspondiente ejército y policía que vigilan, ahora sí, religiosamente la esclavitud del espíritu y del cuerpo que se va consumiendo en la mita de la mina o en los verdes campos de las encomiendas, que más tarde constituyen las haciendas. La riqueza del comercio, minas y la agricultura, son propiedad de los españoles y del clero. Los indígenas son los bienes de producción, están fuera del mundo económico, por algo Paulo III, reconoció que tenían alma.

La guerra de Independencia hace posible que México logre su libertad política, conquistada, tiene el derecho de formar su propio gobierno, sin depender de España. Se organiza un Estado aparentemente nacional de acuerdo con los lineamientos liberales; como consecuencia se declara la igualdad política de todos los mexicanos y queda para siempre abolida la esclavitud. Hay un pequeño cambio en lo que respecta a la organización del gobierno y en la administración de los bienes públicos; pero en la economía no se realiza ninguno, salvo una que otra incautación de bienes pertenecientes a españoles que hicieron armas en contra de los insurgentes. Hay un estancamiento de la propiedad en lo que respecta al comercio, industria y minería; permanecen en el mismo estado que en la colonia.

La Reforma liberal ataca de raíz las formas vitales de la organización feudal colonial y va al fondo del problema nacional. Separa de un tajo Estado, Iglesia y Ejército, milicias realistas, y vuela al torrente circulatório económico los bienes de manos muertas del clero; la herencia del régimen colonial y el sostén político de las fuerzas regresivas. Se ataca el sistema cor-

porativo de la colonia, la propiedad se vuelve individual, ya sea de los bienes inmuebles rústicos o urbanos. Son los primeros pasos para ir trazando la silueta económica de nuestra nacionalidad; se trata de formar un capitalismo, patrimonio de la Patria, sin dependencias extrañas.

La revolución de 1919, navega a mayor profundidad, ataca con valor los resabios de la economía feudal y tremala como bandera su lucha íntegra en contra del imperialismo. Desmenuza los grandes latifundios y los renarte entre los campesinos que necesitan la tierra; protege su riqueza nacional para evitar que caiga en manos extranjeras. Previendo el resurgimiento de la industria da leyes protectoras para los trabajadores. Se expropia el petróleo consecuentemente con sus consecuencias. Se estructura un gobierno para evitar soldar una economía fíncada en modernas dispostivos encaminados al fortalecimiento de la Patria. Ya mejor dibujada la política tipo nacionalista, se propugna por cimentar una mayor producción a base de una agricultura tecnificada y una congruente industrialización de la naturaleza. Al desembocar nuestra economía en las peligrosas corrientes de las finanzas internacionales, se ponen barreras para evitar que nuestro nascente capitalismo emiere convertido en divisas extranjeras. Tales son los fundamentos de la nueva política hacendaria.

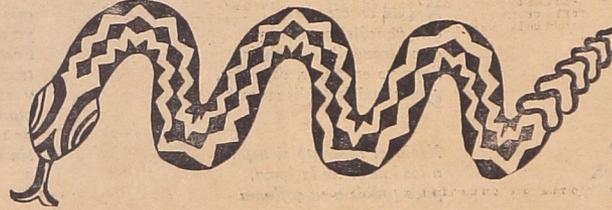
Encajamos en las realidades que hemos analizado y comparemos el fenómeno estético de la pintura, que constituye lo más desarrollado, permanente y con resonancia internacional. Con orgullo podemos afirmar que tenemos una pintura mexicana con atributos propios, una expresión propia. Tiene su lenguaje que se expresa en su rugiente colorido. La expresión en la pintura es a base de los colores que son universales, de aquí su triunfo. No sucede lo mismo con nuestra literatura que tiene que construirse en lo etéreo de la metáfora de las palabras, que en nuestro medio no han logrado articularse en la misma forma que lo hicieron los colores.

A la ausencia de lo idiomático, a falta de un lenguaje purificado en su expresión popular, síntesis de todos los estamentos que constituyen nuestra nacionalidad, que no alcanzo a las formas poéticas, los anhelos históricos se canalizaron hacia las formas y se plasmaron en el color. Nace de aquí el fenómeno correspondiente, no en lo escrito, cómo debió ser, sino en el dibujo; así la pintura crea con sus murales lo épico; la epopeya de la revolución mexicana. Nuestra pintura representa la poesía épica como pudieron haber sido nuestros corridos. Las bases plásticas estaban latentes en nuestro pasado indígena; hubo un fructuoso y rico mestizaje con, pero diversas raíces que fincaron en una realidad. No es la pintura mexicana algo que se haya creado de la nada, hubo una técnica y una mano amestrada en muchos siglos de nuestra historia.

La gran pintura mexicana del presente es la consecuencia social del rápido desarrollo histórico del país; ha sido fíncada en terreno firme, con profundas raíces en la cultura indígena. Nuestros antepasados no desconocían el fenómeno plétorico, tenían respeto reverencial por los colores. Pudieron forjar lo que bien pudiéramos llamar la cultura de la cochinilla, animalillo que puso su acorritis en el cielo limpio de México. Se ocupaba como colorante para teñir los vistosos trajes que el natural usaba en las ceremonias religiosas, danzas paganas y la guerra. Además de eso, existía el culto a las flores, con ellas, lograba caprichosos mosaicos; hasta la fecha se sigue conservando la tradición.

En la pintura desplegaron habilidad maestra como puede observarse en los altos relieves de sus construcciones y en la escritura jeroglífica; pero sobre todo se destacaron con singularidad en la escultura, tan vigorosa como la egipcia o la griega. La cultura plástica autóctona se amalgamó a lo español y tomó color propio; lo pagano indígena se funde con lo cristiano, principalmente, en la arquitectura de las iglesias, con tanto vigor, lozanía, originalidad y sabor indígena que puede decirse que formó lo neo-barro mexicano. Se funde con dureza de lava volcánica, el espíritu indígena en el crisol del dolor de su alma. La mano maestra del indígena se utiliza en la pintura religiosa; existieron anónimos maestros que aportaron los roles y azules subidos de tono, en contraposición de los medios tonos deslavados de la pintura española.

De todo este pasado colorista, brota como chorro de agua virgen la moderna pintura mexicana, fue la revolución de 1910 la



(Sigue en la Pág. 10)